

JAIME PASTOR

Profesor de Ciencia Política de la UNED



Vieja Historia, viejos actores

EL mundo volvió a contener la respiración ayer, por segunda vez en dos años, ante la situación en Moscú. El «autogolpe» de Yeltsin ha supuesto un abierto desafío a una mayoría parlamentaria que desde hacía tiempo no reconocía su autoridad. Es cierto que el presidente ruso puede exhibir la relativa legitimidad que alcanzara en el referéndum de abril de este año; pero no hay que olvidar que esa baza se ha ido desgastando en los últimos meses (incluido el reciente retorno de Egor Gaidar, responsable del fracado de la anterior reforma económica). Tampoco se puede echar en saco roto que, precisamente en la respuesta a la pregunta referente a las elecciones presidenciales anticipadas, la ventaja del «nuevo zar» fue muy limitada.

LUCHA ANTES QUE CONSENSO.— De modo que en este proceso interminable de transición, una vez más, la lucha frontal se ha impuesto frente a la búsqueda del consenso para el establecimiento de unas reglas del juego.

Probablemente éstas deberían haber pasado por un acuerdo sobre la convocatoria simultánea de elecciones legislativas y presidenciales, pero parece que esto choca con la pretensión yeltsiniana de asegurarse el control previo del proceso constituyente; de éste debería salir, según él, un régimen presidencialista o más bien autoritario.

Nos encontramos, por tanto, con el estallido de una situación de doble poder entre élites políticas que, sin embargo, en su mayoría estuvieron unidas durante la revolución del 19 de agosto de 1991.

Por eso no nos puede sorprender que gran parte de la población esté todavía pasiva ante unos acontecimientos que se le escapan y en los que es francamente difícil tomar partido.

Y ello por dos razones: en primer lugar, porque se le ha prometido una aceleración del paso hacia la economía de mercado, aunque sea bajo el

mando de un líder populista; pero por ahora, eso sigue siendo una utopía.

Y en segundo lugar, porque Jasbulatov y Rutskoi se limitan a oponerse a ese proceso pero sin ofrecer a cambio otra alternativa que no sea la resurrección de la «gran Rusia».

Queda, eso sí, un posible árbitro en el conflicto: el Ejército. Si bien su exquisita neutralidad mantenida hasta ahora corre el riesgo de llegar a un punto sin retorno.

Las declaraciones, hace pocos días, de Terejov, dirigente de la Unión de Oficiales, en las que se pronunciaba a favor de la restauración de la extinta Unión Soviética pueden ser la punta del iceberg de un cambio de tendencia en una institución que no se ha liberado del todo del complejo de derrota sufrido

interés manifestado desde otras repúblicas independientes en reanudar la cooperación económica con Moscú. Pero es difícil sorprenderse de lo sucedido. Las arriesgadas iniciativas de Yeltsin se inscriben dentro de una serie de pasos adelante y atrás que han sido una constante en los últimos años.

VACIO DE PODER.— Y es que el fin de la «perestroika» tan sólo dejó vía libre a un vacío de poder que luego se ha ido llenando con el abigarrado espectáculo de diversos candidatos enfrentados entre sí.

Un observador sagaz e interesado como Zbigniew Brzezinski reconocía hace pocos meses la dificultad enorme de la tarea de «occidentalizar» ese país, cuando afirmaba que «Rusia carece del consenso reformista de Polonia o de la disciplina autoritaria de China». Quizá sea una ironía que los ex comunistas hayan sido los más votados en las últimas elecciones polacas. Puede que eso haya influido también en la precipitación de Yeltsin, queriendo anticiparse así a la presión de los líderes occidentales para que acelere los ritmos de la reforma.

¿Hasta cuándo la mayoría del pueblo ruso asistirá pasiva a un enfrentamiento entre élites mientras la crisis económica se agrava por todas partes?

Algunos sostenían, antes del 21 de septiembre, que ya parecía verse en Rusia un punto de luz al final del túnel. A la vista de lo que está sucediendo, uno sospecha que la oscuridad va a seguir reinando por mucho tiempo. Entre la tentación de un retorno al pasado que ya es imposible, y la ingenua ilusión de acceder algún día al paraíso del bienestar no es de extrañar que los aficionados a las analogías históricas encuentren ciertos paralelismos entre la heredera de la Unión Soviética y la Alemania de Weimar o el Chicago de los años 30. Caldo de cultivo de mafias, autoritarismos y fascismos pero no, desde luego, de democracias estables.

h

asta cuándo la mayoría del pueblo ruso asistirá pasiva a un enfrentamiento entre élites mientras la crisis económica se agrava?

tras el fin de la Guerra Fría.

Queda también la incógnita sobre cuál va a ser la reacción de muchas provincias, regiones e incluso repúblicas de un Estado que ya estaba conociendo un nuevo proceso de desmembración que, paradójicamente, contrastaba con el

CONTRA LA CONFUSION

Obscenario televisivo

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

LOS editores de televisión vinculan su éxito comercial a un prejuicio sobre el gusto. Creen que la masa de espectadores prefiere ser distraída con asuntos y estilos afines a los niveles más bajos de instrucción y de sensibilidad popular. Este criterio invierte, perversiéndolo, el sentido de la cultura. En lugar de elevar la calidad del placer en las personas incultas, acostumbra a las instruidas a divertirse como patanes. La eficacia de esta educación estética al revés es irresistible. Lo que no se logró en siglos de esfuerzo para nivelar la sociedad en un tipo medio de cultura, centrado en la ciencia y la belleza, lo ha conseguido una breve transición a la cultura igualitaria de la superstición medieval y la chabacanería. Era de esperar. Lo natural, en una vida sin ideales, es la fealdad. El humano carece de esa graciosa naturalidad con la que otros animales expresan su instinto. Y no debe extrañar la atención que personas de gusto acaban prestando a la grosería. El buen gusto no es congénito. Ni estable. Todo lo que depende de una constante voluntad de elección de lo bueno, como la moral, la política o el placer, propende por naturaleza a degradarse. Una especie de entropía estética rebaja el gusto, hasta aficionarse a lo repugnante, si no está sostenido por una inteligente combinación de renunciaciones y afinidades selectivas.

Lo insólito de nuestra liberalidad cultural es el derecho de ciudadanía que la ignorancia y el mal gusto han conquistado para ocupar el espacio público. No se puede negar el derecho de los individuos a permanecer, si les place, en la animalidad. Ni el del artista privado a cultivarla, si le emociona. Pero el arte público que no podemos rehusar, el del urbanismo en la calle y el de la televisión en casa, necesita justificarse con razones. El artista público ha de identificarse con otros gustos afines al de su talento. Así aparece el criterio del gusto como algo sujeto a la disciplina de la razón estética y, por tanto, a la educación. El interés de la cultura medieval por lo paranormal y lo monstruoso tuvo que recluirse en recintos feriados, para exhibirse como curiosidad en un mundo civilizado por la ciencia, la técnica y el arte. El público sabía a lo que iba a la feria. Hoy no sabe a qué vienen todos los días a su casa, si no es para expulsar de ella a la razón, aquellos monstruos de la comedia paleta y de la mitomanía medieval, que el arte del Renacimiento desplazó del escenario público. La televisión recupera ahora el secreto «obscenari» de las sensaciones medievales, con brujas y curanderos poseídos por difuntos, con visionarios de vírgenes y extraterrestres, con resucitados del más allá o hipnotizados del más acá, que cuentan sus experiencias de ánimas sin cuerpo.

Impresionado ante el empuje avasallador de lo irracional y lo grotesco en el mercado de los valores culturales —distinto del que sumió en las tinieblas a los pueblos europeos tras la caída del Imperio Romano, porque la ciencia y el arte perviven enquistados en la cultura tecnológica—, el Gobierno francés acaba de dar al problema la solución que los monjes de Cluny dieron al de la disolución de la razón en la Edad Media. Refugiar la vida de los restos de la razón y el gusto en una televisión monacal, apartada del mundanal ruido de mercado. Tan espiritual decisión, contraria a la adoptada por la 2 en España para elevar su valor comercial antes de privatizarla, tiene sin embargo un carácter regresivo. No por su aspecto elitista, presente en otros espacios acotados de las cadenas comerciales, sino por la separación que consagra entre dos tipos de placer cultural. Uno digno, para la afición privada. Otro indigno, para la necesidad pública. Este salomónico escinde la socialidad de la cultura, en beneficio del oligopolio de los medios de comunicación, que inspira la medida, para librarse del temor a una reglamentación de la calidad de sus programas, tal como se hizo con los productos alimenticios y las industrias contaminantes. La polución de los elementos no es menos suicida para la vida animal, que la del medio televisivo para la vida cultural. Porque la necesidad de vivir es igual a la de vivir una vida buena.

YRPA
**ANUNCIOS EN
EL MUNDO**
555 89 42
PUBLICIDAD GENERAL

 DIVISION DE PEQUEÑOS ANUNCIOS
Y COMUNICACION DE EMPRESA
DE Y&R, S. A.

 Financieros / oficiales
prensa y boletines oficiales
ofertas de empleo, etc.

 Roimundo Fdez. Vilaverde, 65 - 9º
Edificio Windsor - 28003 Madrid
Tel. 556 31 13 - Fax 556 13 91